

Francisco de Miranda en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias: ¿realidad o leyenda?

Por Wilfredo PADRÓN IGLESIAS*

SEBASTIÁN FRANCISCO DE MIRANDA RODRÍGUEZ (1750-1816) es una de las personalidades más relevantes de la historia de América Latina. Caracterizado por una amplia cultura, un intenso peregrinar por el mundo y una perenne actitud iconoclasta, Miranda fue el primero —o el principal entre los primeros— que proyectó y defendió por más de tres décadas la necesidad de independizar a Hispanoamérica del yugo colonial español, en una época tan temprana como finales del siglo XVIII y principios del XIX. A este aporte se le unen los méritos de haber relacionado estrechamente la independencia con la formación de una gran nación hispanoamericana, la que se denominaría *Colombia*, y de haber sido el iniciador de la lucha armada para realizar sus proyectos independentistas y unitarios.

Dentro del amplio recorrido universal que realizó, su participación en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica fue una experiencia que aportó notablemente para el inicio de su lucha por la liberación de Hispanoamérica.¹ Según sus propias palabras:

Participando en la emancipación de los Estados Unidos, el primer impulso de mi alma fue un voto por la liberación de los lugares que me vieron nacer, porque no me atrevía a llamar a la América una patria. Este sentimiento de amor por la libertad llegó a tener sobre mi tal ascendencia que desde entonces todos mis pensamientos a él se referían; él se convirtió en móvil de todas mis acciones y en causa de todos mis viajes.²

* Profesor de Historia y de Estudios Socioculturales, Pinar del Río, Cuba; e-mail: <presc@pr.cc.cu>.

¹ Se define como Guerra de Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica las acciones ocurridas en el periodo comprendido entre 1775 y 1783, en el cual las Colonias luchan por independizarse de Inglaterra. Numerosos historiadores llaman a este periodo *Revolución*, en la presente investigación se asume el criterio martiano de que “la independencia de los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln”, José Martí, *Obras completas*, La Habana, Ciencias Sociales, 1975, tomo II, p. 196.

² Citado por José Luis Salcedo Bastardo, “Discurso en ocasión del bicentenario de la participación de Miranda en Pensacola”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), núm. 254 (abril-junio de 1981).

A pesar de su importancia, en esta contienda existen diferentes criterios sobre la intervención de Miranda que imposibilitan conformar un juicio coherente sobre la función que desempeñó en la misma, dejando como resultado un aspecto de su vida que aún necesita investigarse para su justo esclarecimiento. Para comprender acertadamente esta situación se expone, en primer lugar, la opinión que él ofreció al respecto:

Declarada la guerra entre Inglaterra, Francia y España, sobre la independencia de la América del Norte [Miranda] solicitó servicio para pasar a este último punto, lo cual le fue concedido en el ejército español que pasó a América. Partió en calidad de ayudante de órdenes del general en jefe. La apertura del puerto de La Habana para el comercio americano; la conquista de la Florida del Oeste; la de las islas Bahamas; la salida de M. de Grace [*sic*] para Chesapeake, cuyo resultado fue la captura del ejército inglés y la independencia de la América del Norte, y en fin, la proyectada invasión de la Jamaica, fueron, más o menos, obra de sus consejos, tomando parte en su feliz ejecución, para interés de la libertad en el Nuevo Mundo.³

En la misma línea, diversos estudios mirandinos reconocen su intervención en esta guerra liberadora.⁴ Sin embargo, en otros se niega: en esta última línea se apunta que:

Se ha dicho con mucha insistencia que Miranda participó en la guerra de independencia de Estados Unidos de Norteamérica, lo cual es incierto [...] Lo de la toma de Pensacola en 1781 no se considera una visita, residencia, actuación o cosa parecida, en el país del Norte, porque Pensacola era parte del territorio que se hallaba en poder de España.⁵

Por otra parte, no existe un criterio uniforme sobre las acciones que desarrolló en este proceso emancipador. En algunas obras se define que su actuación en la plaza militar de Pensacola —Florida Occidental (1781)— es la única acción que avala su participación en el mismo.⁶

³ Francisco Miranda, *América espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

⁴ Véanse Carmen L. Bohórquez Morán, *Francisco de Miranda: precursor de las independencias de la América Latina*, La Habana, Ciencias Sociales, 2003; Mario Briceño Perozo, *Don Francisco de Miranda: maestro de libertadores*, Caracas, Imprenta oficial del estado Trujillo, 1950; y José Nucete-Sardi, *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*, Caracas, González-González, 1956.

⁵ Héctor Bencomo Barrios, *Miranda y el arte militar*, Caracas, Italgráfica, 2000; del mismo autor véase también, "Miranda y la toma de Pensacola", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), 64 (225) (julio-septiembre de 1981).

⁶ Olga Briceño, *Miranda: mariscal de Francia y precursor de la libertad de América*, Madrid, Nuestra Raza, s.f.; y Vicente Dávila, *Biografía de Miranda*, Caracas, Tip. Americana, 1933.

En otras se incluye, además de Pensacola, su misión militar a Jamaica (1781) y su presencia en la expedición española contra las Bahamas inglesas (1782).⁷

Otro asunto que provoca una singular polémica en torno a la intervención de Miranda en la guerra independentista del norte es el referido a su posible colaboración en la colecta de dinero que se realizó en La Habana, con el objetivo de entregarlo a las tropas del Ejército Continental norteamericano.⁸ Caracciolo Parra Pérez asevera que Miranda

rindió con ello un servicio decisivo a la causa de la libertad de los Estados Unidos, pues fue él, en efecto, quien por su influencia con el gobernador de La Habana procuró al almirante De Grasse treinta y cinco mil libras esterlinas para permitirle atacar a lord Cornwallis.⁹

En otros estudios sobre el Precursor se desacuerda y se califica su presencia como una *leyenda*.¹⁰

Como se observa, la presencia de Miranda en la Guerra de Independencia Norteamericana provoca diversos —y contrapuestos— criterios.¹¹ Ante esta situación, el presente estudio se propone contribuir a la determinación de las acciones de Miranda en este proceso, sin pretender establecer un criterio final y acabado sobre el tema.

Las acciones en Norteamérica

EN los días finales del mes de abril de 1780 Francisco de Miranda salió del puerto de Cádiz integrando una gran expedición que, con el

⁷ Lavretsky, *Miranda*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1991; Laútico García, *Francisco de Miranda y el antiguo régimen español*, Madrid, Guadarrama, 1961; José Manuel Pérez Cabrera, *Miranda en Cuba (1780-1783)*, La Habana, AHC, 1950; y Sergio Guerra Vilaboy, “Miranda en Cuba: un capítulo decisivo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 111 (mayo-junio del 2005), pp. 85-102.

⁸ Su presencia en este hecho es asentida en Eduardo Torres-Cuevas, “Lo que le debe la independencia de los Estados Unidos a Cuba: una ayuda olvidada”, en *id.*, *En busca de la cubanidad*, La Habana, Ciencias Sociales, 2006; y en Manuel Gálvez, *Biografías completas*, Buenos Aires, Emecé, 1962.

⁹ Caracciolo Parra Pérez, *Miranda y la Revolución Francesa*, Venezuela, Ediciones Culturales del Banco del Caribe, 1988.

¹⁰ Josefina Rodríguez de Alonso, “Prólogo”, en Francisco Miranda *Colombeia*, Caracas, Trejos Hermanos Sucesores, 1978.

¹¹ También existe la versión de que Miranda estuvo bajo las órdenes de Washington y fue compañero de armas de La Fayette, el afamado militar francés. Véase Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (1887), Buenos Aires, Anaconda, 1950. Sin embargo, esta errónea idea no se incluyó por considerarse superada por las investigaciones que la preceden.

nombre de Ejército de Operaciones de América, envió España a nuestro continente con el objetivo de apoyar las luchas independentistas de las Trece Colonias inglesas en Norteamérica. Miranda integró esta fuerza como capitán del regimiento de Aragón y en la propia travesía fue nombrado edecán del coronel Juan Manuel de Cagigal y Monserrat. En los días iniciales de agosto —entre el 3 y el 5— la escuadra llegó a la ciudad de San Cristóbal de La Habana, capital de la isla de Cuba. Fue un largo y penoso trayecto en el que disminuyeron los efectivos por los estragos que el escorbuto causó entre sus filas.

La ciudad que acogió las azotadas huestes ibéricas se movía al compás de los aires de guerra que soplaban en el hemisferio norte de nuestro continente y que tenían en Cuba —y principalmente en su puerto de La Habana— el vórtice de las actividades bélicas del Caribe, La Florida y Luisiana.¹² Ya desde el 22 de julio de 1779 —treinta y un días después de su declaración oficial por el imperio español— el bando que anunció el apoyo de Madrid a los independentistas del Norte, y en consecuencia su entrada en guerra contra Inglaterra, había sido leído en la villa habanera, lo cual provocó un giro importante en la vida diaria de la ciudadana urbe. Pero la tensa situación no traumatizó a la sociedad criolla, ya que las importantes transformaciones emprendidas en las últimas dos décadas habían desarrollado una capacidad militar que le permitía a la Isla enfrentar operaciones de gran envergadura contra su territorio,¹³ y su economía podía sostener —como la sostuvo— iniciativas armadas contra los ingleses asentados en el Caribe y la zona sur de Norteamérica.

¹² Razones geográficas, militares, económicas y hasta psicológicas determinaron la importante función que desempeñó la isla de Cuba en esta guerra. Desde aquí partió una importante asistencia financiera, comercial y de todo tipo de pertrechos bélicos, así como un gran operativo militar que cubrió todo el Caribe y la costa antillana de Norteamérica. Al respecto puede verse, entre otros, Torres-Cuevas, “Lo que le debe la independencia de Estados Unidos a Cuba: una ayuda olvidada” [n. 8]; y Herminio Portell Vilá, *Los cubanos y la independencia de los Estados Unidos*, La Habana, Sociedad Colombista Panamericana, 1946.

¹³ A partir de 1763 se emprendió la reconstrucción de las murallas que rodeaban la villa, se erigieron impresionantes fortificaciones militares como Santo Domingo de Atarés (1767), San Carlos de La Cabaña (1774) y El Príncipe (1779); asimismo se levantaron las baterías de La Pastora, el Polvorín y Batabanó; también se reconstruyeron el Castillo de los Tres Reyes del Morro, La Fuerza y San Salvador de La Punta. Para completar este sistema defensivo se erigieron los castillos de San Severino, en Matanzas; el de Sagua, en Cienfuegos; y el del Morro, en Santiago de Cuba. Este movimiento de construcción estuvo acompañado de la reorganización de las fuerzas militares y el fortalecimiento de las milicias y los voluntarios. Para un estudio de estas transformaciones véanse Torres-Cuevas, “Lo que le debe la independencia de los Estados Unidos a Cuba: una ayuda olvidada” [n. 8]; y Francisco Pérez Guzmán, *La Habana, clave de un imperio*, La Habana, Ciencias Sociales, 1997.

Para el momento del arribo a Cuba del Ejército de Operaciones, la principal intervención de las tropas españolas en el conflicto bélico tenía por escenario el norte del continente. Desde Luisiana —territorio vinculado administrativa, militar y comercialmente a La Habana— la rápida y decidida actuación de su gobernador, Bernardo de Gálvez, le permitió obtener importantes victorias en Manchac, Panmure, Baton Rouge y Mobila, esta última el 12 de febrero de 1780.

Un año después el propio Gálvez inició el sitio a Pensacola, considerada la capital de Florida Occidental y una importante plaza militar inglesa. Su excelente ubicación en las orillas del Golfo de México le daba un valor adicional por el control que podía ejercer sobre esta zona y aún más por su ascendencia sobre el paso al río Mississippi. Como ubicación estratégica estuvo sometida a la ambición de Inglaterra que, en virtud de los Tratados de Paz firmados al finalizar la Guerra de los Siete Años, en 1763, se había apoderado de ella.¹⁴

En auxilio del valiente gobernador de Luisiana zarpó desde La Habana —el 28 de febrero de 1781— el primer grupo de las fuerzas llegadas desde España, arribando al lugar del asedio el día 9 del mes siguiente. El 10 de marzo comenzaron las operaciones para la toma del puerto de Pensacola, las que se prolongaron sin éxitos notables hasta el 22 de abril, momento en que llegó el segundo grupo que había quedado aguardando en la capital cubana. La salida de estas tropas secundarias se había efectuado el 9 de abril del mismo año; Cagigal viajaba al frente de las mismas y Miranda se desempeñaba como su edecán. Estaba integrada por los regimientos: Rey, Soria, Guadalajara, España, Navarra, Hibernia, Aragón, 2º de Cataluña, Flandes y Fijo de La Habana.

Una vez recrudecido el encuentro bélico, a partir de la llegada de los refuerzos, las tropas hispanas desplazaron a las inglesas hasta confinarlas en el Fuerte George, lo cual obligó a los peninsulares a destinar la mayor parte del enfrentamiento a la preparación del ataque a este

¹⁴ Esta guerra comprendió una serie de conflictos internacionales que se produjeron entre 1756 y 1763 con el objetivo de conseguir el control de Silesia, América del Norte y la India. Las contiendas ocurridas en América son conocidas como Guerra Francesa e India y enfrentaron a Gran Bretaña y sus colonias frente a Francia y España. Concluyó con la derrota de la coalición franco española y la posterior firma, el 10 de febrero de 1763, del Tratado de París. En virtud de la distribución establecida por este tratado, al iniciarse las contiendas bélicas por la independencia de las Trece Colonias (1775) el territorio de Florida, donde se encuentra Pensacola —escenario en el cual actuará Miranda—, estaba en poder de Inglaterra.

baluarte. Este periodo estuvo acompañado de diarias escaramuzas que causaron algunas bajas a los dos bandos en pugna.

Para la noche del 7 de mayo el mando español preparó un fuerte ataque que fracasó antes de ponerlo en ejecución. En la mañana siguiente, durante un nutrido duelo artillero que duraba ya varios días, un proyectil español voló el polvorín del reducto enemigo. Apoyándose en tan acertado golpe los hispanos entraron en una fuerte ofensiva que redujo la defensa contraria. Finalmente, a las tres de la tarde —escribió Miranda en su diario— fue izada la bandera de la rendición y “avanzaron algunos oficiales para conferenciar sobre capitulaciones”.¹⁵ El general John Campbell y el almirante Chester —principales jefes de las fuerzas británicas— fueron hechos prisioneros junto a 1 400 soldados.

Tras esta importante victoria Miranda permaneció en Pensacola, compró cuatro esclavos y cuantiosos libros. Al regresar a La Habana su jefe le informó que por su comportamiento en la campaña, había sido ascendido a teniente coronel graduado. También Cagigal fue promovido al cargo de mariscal de campo y nombrado gobernador de Cuba, mientras Bernardo de Gálvez fue designado comandante general del ejército español en el Caribe.

*Los fondos recaudados en Cuba
para el Ejército Independentista Norteamericano*

EN el inicio de la década de 1780 las tropas norteamericanas se encontraban en una situación muy desfavorable. Así lo reflejó George Washington en su diario, el día primero de mayo de 1781:

En una palabra, en lugar de tenerlo todo dispuesto para ir a la campaña, no tenemos nada; y en vez de tener la previsión de una gloriosa campaña ofensiva ante nosotros, no tenemos sino una confusa y defensiva, a no ser que recibamos poderosa ayuda en barcos, tropas de tierra y dinero de nuestros generosos aliados; y ésta, por ahora, es demasiado eventual como para poder contar con ella.¹⁶

Apremiado por estas circunstancias —y en constante comunicación con Washington—, el mariscal francés Rochambeau escribió tres car-

¹⁵ Diario de Pensacola, *Colombeia*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978, tomo II, pp. 59-89. Todas las referencias a dicha obra corresponden a esta edición.

¹⁶ Samuel Eliot Morison, *Historia del pueblo americano*, Barcelona, Ganduxer, 1972, p. 315.

tas al almirante francés François Joseph Paul, conde de Grasse, donde le solicitaba su ayuda. La misma consistía en tres cuestiones principales: atacar con sus naves a las tropas inglesas posicionadas en la ribera atlántica del territorio norteamericano, el reforzamiento del ejército independentista con hombres y armas, y el pronto envío de una cuantiosa suma ascendente a 1 200 000 libras para el imprescindible pago de las tropas.

Para satisfacer la petición recibida, el almirante francés solicitó ayuda a Francia pero ésta no pudo socorrerlo. En Santo Domingo sólo pudo realizar una parte de las encomiendas: alistar unos 3 000 individuos, algunas armas y disponer su flota para la asistencia naval en Norteamérica. Respecto al dinero, una vez convencido de la imposibilidad de culminar sus esfuerzos en esta colonia francesa, utilizó de intermediario al marqués español Juan de Salavedra —director general de Aduanas residente en Cabo Haitiano— para hacer llegar su petición financiera al gobernador de Cuba, capitán general Juan Manuel de Cagigal.

En La Habana, antes que llegara la comunicación de De Grasse, el difícil trance monetario de las tropas norteñas era bien conocido y suscitó el apoyo de la población cubana al proceso liberador del Norte.

A partir de lo dispuesto por sus autoridades, en la ciudad cabecera de Cuba se recogió la cantidad de dinero necesitada y se preparó para hacerla llegar a sus destinatarios. El 5 de agosto de 1781 la flota de De Grasse partió de Cabo Haitiano con destino a Norteamérica sorteando las rutas más conocidas para evadir a la armada inglesa y, a su vez, aproximarse a las costas cubanas. A unas millas al norte de Matanzas se le unió la goleta *Aigrette* que había sido enviada a La Habana en busca del dinero y que traía a bordo el considerable monto de un millón ochocientos mil pesos de ocho reales.¹⁷

Para la presente investigación el asunto esencial radica en valorar si Miranda tuvo participación en este hecho pues, como se refirió anteriormente, provoca criterios contrapuestos entre los estudiosos de su trayectoria.

Inicialmente se deben retomar —y ampliar— los planteamientos que afirman o niegan la intervención de Miranda en el mismo. A su favor está la citada opinión de Caracciolo Parra Pérez, a la que se une

¹⁷ Esta cifra se ha establecido en diferentes cantidades. La presente responde a un estudio documental realizado por el historiador cubano Francisco Pérez Guzmán y citado por Torres-Cuevas, “Lo que le debe la independencia de los Estados Unidos a Cuba: una ayuda olvidada” [n. 8], p. 169.

la del historiador cubano Eduardo Torres-Cuevas cuando afirma que después de conocerse en Cuba la necesidad de recaudar el dinero:

Cagigal le encomendó a uno de sus más cercanos colaboradores, amigo íntimo y ayudante personal, el venezolano Francisco de Miranda, que activase todas las posibilidades de la ciudad para reunir la cantidad solicitada.¹⁸

Por su parte, Miranda alegó que él

fue quien favoreció, en La Habana, a los americanos con los inmensos recursos que ellos aprovecharon, el que facilitó al Sr. De Grasse, medios para que éste entrara en la Chesapeake, lo cual permitió, como es sabido, la toma de York-Town.¹⁹

En contraparte —como también se había apuntado con anterioridad— se califica su presencia como una *leyenda*, pues se niega que él

hubiera intervenido con las autoridades de La Habana para proporcionar a la flota francesa los fondos necesarios para su abastecimiento, ayuda decisiva que iba a permitir al almirante De Grasse ganar la batalla naval de Chesapeake, victoria que contribuyó a la capitulación de Yorktown.²⁰

Para sostener esta posición se afirma que “los papeles de Miranda demuestran que cuando se tramitó ese asunto —15 y 16 de agosto— él había salido ya para Jamaica”.²¹ Y en efecto, la fecha de partida de Miranda hacia esa colonia inglesa está fijada en el día 14 de agosto de 1781, a saber por una comunicación que él le envió a Cagigal justo en el momento que abordaba la embarcación parlamentaria *Nuestra Señora del Rosario*, en la que se trasladó a dicha Isla.²²

Sin embargo, en el presente estudio se considera que no es correcto situar la recaudación del dinero en estos dos días.

Para la acertada valoración de este hecho se deben examinar las fuentes utilizadas para su estudio; ellas son tres: una carta de origen inglés —de Pownall a Pitt, del 7 de agosto de 1790— utilizada por el historiador venezolano Caracciolo Parra-Pérez en sus trabajos, particularmente en su libro *Miranda y la Revolución Francesa*, ya citado; las cartas de De Grasse —de julio y agosto de 1781— presentadas en

¹⁸ *Ibid.*, p. 168.

¹⁹ Francisco de Miranda, *América espera*, Caracas, Ayacucho, 1982, p. 160.

²⁰ Rodríguez de Alonso, “Prólogo”, en Miranda, *Colombeia* [n. 10], tomo 1, p. 19.

²¹ *Ibid.*

²² Miranda, *Colombeia* [n. 15], p. 131.

la obra de Charles Lee Lewis, *Admiral de Grasse and the American independence*²³ y en la de Stephen Bonsal, *When the French were here*;²⁴ y el propio testimonio de Miranda, recogido en sus escritos y publicado en diversas ocasiones.

La misiva inglesa debe provenir de la mano de Thomas Pownall, ex gobernador de varias colonias angloamericanas y quien introdujo a Miranda ante el primer ministro británico William Pitt (1759-1806). Miranda y Pownall, unidos por una sincera amistad, mantuvieron una estable comunicación —personal y por cartas— durante el periodo de 1789 a 1792, fecha en que el venezolano partió hacia la Francia revolucionaria.²⁵ Aunque no se ha podido disponer de la misiva original que refiere Parra-Pérez las circunstancias sugieren que fue Miranda quien notificó a Pownall de su intervención en la Guerra Independentista de Norteamérica; provisto de esta información, el veterano político lo comunicó a Pitt por la misiva señalada, a fin de dar crédito a la figura del venezolano ante el alto lord inglés. De tal forma, las fuentes se reducen a dos: las cartas de De Grasse y el testimonio de Miranda.

Las comunicaciones que elaboró De Grasse cuando se tramitaba este asunto tienen un alto valor documental, sin embargo, su utilización ha provocado algunos errores de importancia.

El primero de estos desaciertos plantea que la recaudación del dinero se efectuó en un breve tiempo que, aunque varía según el autor, se establece de 5 a 24 horas.²⁶ A ello pudo contribuir una equivocada interpretación de la citada obra de Lewis, en la que su autor dice: “Five hours after the arrival of the frigate *Aigrette*, sent by De Grasse, the sum of 1 200 000 livres was delivered on board”,²⁷ que significa: cinco horas después del arribo de la fragata *Aigrette*, enviada por De Grasse, la suma de 1 200 000 libras fue llevada a bordo. Debe subrayarse que Lewis señala que en tan corto lapso el dinero fue llevado a bordo, no que fue recolectado. Además, afirmar que en tan pocas horas fue re-

²³ Annapolis, United States Naval Institute, 1945.

²⁴ Nueva York, Doran, 1945.

²⁵ Véase Miranda, *Colombeia* [n. 15], tomos VIII y IX.

²⁶ Por ejemplo, el historiador español Julio Albi declara: “en agosto de 1781 De Grasse pudo reunir en La Habana en sólo seis horas el millón doscientas mil libras que sirvieron para pagar al ejército de Washington en vísperas de la definitiva batalla de Yorktown”, en Julio Albi de la Cuesta, *La defensa de las Indias (1764-1799)*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1987, p. 153. También existe otra afirmación que, todavía más audaz, lo sitúa “en sólo cinco horas”, Félix Pita Astudillo, “La historia olvidada del combate de Yorktown”, *Granma* (La Habana), 14-i-1995, p. 4.

²⁷ Lewis, *Admiral De Grasse and American independence* [n. 23].

unida tan alta suma es totalmente incoherente con las características de una sociedad colonial como la habanera, de finales del siglo XVIII.

Por su parte, Bonsal dice en su libro que en una carta enviada por De Grasse a Rochembeau — fechada en Cabo Haitiano el 8 de julio de 1781 — le informa que cuenta con un contingente de 3 000 hombres y varias piezas de artillería, pero que no ha podido recaudar el dinero solicitado. Notifica, además, que se propone enviar una fragata a La Habana, con la solicitud pecuniaria. Otra carta del almirante de De Grasse, pero esta vez desde las aguas del Mar Caribe, el 18 de agosto de 1781, comunica que tiene en su poder “un millón de ducados” que había sido cedido por las “ladies of Havana”²⁸ al general Saint Simon — quien posteriormente fue un célebre socialista utópico —, comandante de las tropas de desembarco. No ofrece Bonsal ninguna información sobre el proceso de recaudación del dinero en La Habana.

La segunda idea errónea que frecuentemente se deriva del examen de estas misivas es la de atribuirle a su autor la primicia de transmitir a La Habana la necesidad del dinero, cuando en realidad la comunicación llegó primero a esta ciudad por la vía de los agentes criollos designados ante el naciente Congreso norteamericano. En esa labor se destacó Juan de Miralles Trailhon, quien se convirtió en un eficaz enlace entre las autoridades hispanas y Washington y Robert Morris — principal artífice financiero de la independencia norteamericana —, en las colonias rebeldes.

Durante el periodo de 1777 a 1783, fecha en que culmina la contienda bélica con la firma de los tratados de paz entre Inglaterra y sus antiguas colonias en Norteamérica, existió una sistemática comunicación entre los dirigentes norteamericanos y las autoridades coloniales de Cuba y del Caribe que permitía mantener en el conocimiento de éstas, las apremiantes circunstancias financieras y materiales del Ejército Continental Norteamericano.²⁹

²⁸ Debe advertirse que existen al menos otras tres versiones sobre la fuente del dinero. Éstas lo atribuyen a los “ricos comerciantes de La Habana” y otras a los “fondos de la Corona en la Isla”. Una tercera y última explicación une a las damas, los comerciantes y los fondos gubernamentales.

²⁹ El primer agente fue Juan de Miralles; tras su fallecimiento, el 28 de abril de 1870, —en el campamento de Washington y atendido por su médico personal— fue designado para sustituirlo el habanero Francisco Rendón-Navarro. Este intercambio permitió un amplio flujo de informaciones políticas y comerciales. Por esta vía, además, Miralles envió a Diego Navarro y a José de Gálvez varios retratos de Washington. Véase Herminio Portell Vilá, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, Editorial Jesús Montero, 1938, tomo 1. Este autor utiliza los documentos exis-

El dominio de esta situación permitió que antes del envío de las comunicaciones del almirante francés a Cagigal, el dinero ya se acumulaba en la capital habanera. Al tener los fondos recaudados —o una parte importante de ellos— se le notificó y éste envió la fragata *Aigrette* a La Habana para su rápido embarque.

La segunda fuente de información que debe ser considerada son las aseveraciones de Miranda. Éstas fueron incluidas en el alegato que su abogado, el francés Claude Chauveau-Lagarde, preparó para defenderlo ante la Convención Nacional francesa. Por tan especial contexto, no deben pasar inadvertidas algunas cuestiones que rodean sus palabras. Además del prolongado periodo que medió entre el hecho y su primera afirmación al respecto —más de diez años—, no deben pasarse por alto las circunstancias desfavorables a su persona: acusado de alta traición a Francia y servidor de los intereses ingleses, la pena capital se cernía sobre su cabeza. Ante este difícil trance, Miranda buscaba destacar su colaboración con la nación gala en la guerra independentista de Norteamérica y exaltar sus virtudes como combatiente de la libertad. Aunque válido es añadir que, a juzgar por el desarrollo de todo el proceso acusatorio y su veredicto final, él no necesitaba tal mérito pues en su contra no existían pruebas de apostasía contra Francia. Finalmente, fue absuelto de todo cargo. Mas es innegable que el haber revelado su participación bajo condiciones tan singulares puede poner en duda la total coincidencia de sus declaraciones con la realidad histórica.

Una valoración general de este asunto muestra que si sólo se observan las comunicaciones entre De Grasse y La Habana —desconociendo, a su vez, las que existieron entre los dirigentes de las Trece Colonias y los gobernantes cubanos— se llega a formular la errada tesis de que el dinero se recaudó en pocas horas y entre los días 14 y 15 de agosto de 1781. Si, además, a ello se agrega la incertidumbre que puede existir sobre las declaraciones de Miranda, inevitablemente se cierran las puertas a su posible presencia en este importante hecho histórico.

Sin embargo, los argumentos aquí expuestos acreditan que esta alta contribución pudo haber sido entregada entre los días 14 y 15 de agosto de 1781 —tal como afirman los historiadores norteamericanos— pero que su recaudación necesitó de un proceso que involucró a determinados sectores sociales y dirigentes de la Isla, y de un perio-

tentes en el Archivo General de Indias, Sevilla, en las secciones correspondientes a Papeles de Cuba y Correspondencia con los Comisionados.

do más amplio que los dos días señalados. De tal manera, la posición desde la que se niega la intervención de Miranda queda sin fundamento ya que, al salir hacia Jamaica el 14 de agosto de 1781, la cifra necesitada estaba ya recaudada o muy cercana a la cantidad requerida.

Además, deben añadirse dos elementos importantes: el privilegiado lugar que ocupó Miranda como ayudante del capitán general de la Isla le permitió estar al tanto de las principales comunicaciones y proyectos de su gobierno colonial, así como recibir misiones de tal envergadura como las aquí examinadas. En segundo lugar, es importante considerar los rasgos de la personalidad del venezolano; por ellos Leuchsenring considera:

Es muy posible que Cagigal utilizara las dotes de Miranda, su inteligencia, su magnetismo, su cultura, su entusiasmo sin límites por la causa libertadora, toda la irradiación de su vigorosa personalidad, para lograr contribuciones elevadísimas entre los comerciantes, entre las ricas damas de la sociedad.³⁰

Mas, finalmente, además de la opinión de Miranda, no se tienen pruebas documentales de su presencia en este hecho de la colaboración cubana con la independencia de Estados Unidos de Norteamérica. No obstante, fuera de la incertidumbre que emana de sus propias declaraciones, no se conocen argumentos fehacientes para negar su participación en este acontecimiento pues quienes lo hacen no ofrecen razones suficientes ni probables.

En contraparte, el resto de los elementos analizados indican que existieron las condiciones para que Francisco de Miranda interviniera en la recaudación de dinero que, con destino al Ejército independentista del Norte, se efectuó en Cuba, presumiblemente a finales de la década de 1770 y principios de la de 1780.

Las acciones en el Caribe

EL fin de la Guerra de los Siete Años (1763) dejó a España en una situación muy desfavorable en América, por la ampliación del imperio inglés en la parte norte del continente y el Caribe y sobre todo por la salida de Francia —su principal aliada— del contexto americano. Particularmente en el área caribeña, los ingleses poseían importantes territorios, entre los que sobresalía Jamaica.

³⁰ Emilio Roig de Leuchsenring, “¿Quién debe gratitud a quién? Aporte de Cuba a la independencia de los Estados Unidos”, *Revista INRA* (La Habana), núm. 7 (julio de 1961), pp. 10-13.

Considerada como la principal base militar británica en el área, esta Isla era, además,

un mercado continental de esclavos; de allí se surtían Cuba, México, Tierra Firme y el Perú. Los propios franceses, cuya deficiente marina no alcanzaba a abastecer sus propias colonias, tenían necesidad de recurrir a ellas de tiempo en tiempo. Pero Jamaica y la Barbuda eran, además, un depósito bien organizado de géneros de toda clase que una altísima navegación de cabotaje introducía por todos los puertos y ensenadas; no sólo de las costas de Cuba y de todo el Caribe español, sino también de las islas francesas, a despecho de todas las leyes y ordenanzas.³¹

Después de la victoria de Pensacola, y ya con Cagigal al frente de la gobernatura de Cuba, los planes para retornar a Jamaica bajo el dominio español cobraron fuerza.³² En consecuencia, el 9 de agosto de 1781 Miranda recibió instrucciones del gobernador cubano para pactar un canje con las autoridades inglesas de esta Isla que permitiera regresar a sus respectivos bandos a los prisioneros ibéricos y británicos retenidos en ambos territorios. Esta misión diplomática encubriría una trascendental tarea: realizar una compleja actividad secreta de búsqueda de información de índole militar que posibilitara una futura intervención de las fuerzas españolas en esta colonia inglesa. La designación del venezolano fue precisa y estuvo motivada por dos factores: la posición que ocupaba como edecán y hombre de confianza de Cagigal y su dominio del idioma inglés. En cumplimiento de este servicio, el 14 de agosto de 1781, Miranda zarpó del Surgidero de Batabanó a bordo de la goleta *Nuestra Señora del Rosario*.

Superado un pequeño percance con los tripulantes de una embarcación inglesa, Miranda y sus acompañantes llegaron a la bahía de Bluefields, en aquel momento dependiente de Jamaica, el 5 de septiembre del propio año.

Tras más de dos meses de estancia en esta Isla concluyó con éxito su misión. El Cartel de Canje se firmó el 13 de noviembre de 1781, a bordo del navío británico *Ramillies*, surto en la Bahía de Puerto Real de Jamaica, por el mayor-general Juan Dalling, gobernador de dicha Isla; el vicealmirante sir Pedro Parker, comandante general de las Es-

³¹ En Pérez Guzmán, *La Habana, clave de un imperio* [n. 13], p. 13.

³² Desde 1780 el conde de Floridablanca había elaborado varios planes que, con la colaboración de Francia, debían forzar el regreso de Jamaica al dominio español. Ante la falta de apoyo de su aliada gala, España optó por asumir la preparación de esta empresa de reconquista; véase Manuel Conrotte, *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos*, Madrid, Victoriano Suárez, 1920, p. 107.

cuadras de Su Majestad Británica; Samuel Hogson, por mandato del vicealmirante; Juan Clemente, Dep. Sec. y Francisco de Miranda, comisionado por el capitán general de la isla de Cuba.

Además de concluir esta importante negociación, Miranda demostró su habilidad en la delicada y secreta misión que también lo movió a esta Isla. Para ello se auxilió de la interesada ayuda del inglés Phillip Allwood, quien se atribuyó la adquisición de dos bergantines, *Porcupine* y *Three Friends*, de la goleta *Eagle* y de otros útiles y efectos navales. En la búsqueda de la información requerida por Cagigal y Gálvez el edecán superó cualquier expectativa al acarrear consigo un detallado informe sobre las fuerzas inglesas en la Isla que incluyó planos, mapas, estado de las fuerzas militares, lugar de las fortificaciones, armas, cartas marítimas y otros elementos importantes.³³

De regreso a Cuba, el 13 de diciembre del año en curso y nuevamente por el Surgidero de Batabanó, Miranda estaba precisado a pagarle a Allwood su contribución facilitándole la entrada de ciertas mercaderías a La Habana con lo cual ayudaría a “reponer los costos y atrasos que se le hayan ocasionado en auxiliar mis asuntos”.³⁴ No imaginaba el venezolano que su compromiso con el inglés provocaría una grave acusación en su contra por contrabando y mucho menos que la intervención de Cagigal a su favor avivaría la animadversión del intendente Juan Ignacio de Urriza contra ambos. A tal punto llegó el asunto que el rey emitiría varias órdenes de apresamiento contra Miranda hasta que, ante la férrea y obstinada objeción de Cagigal de ejecutarlas, el monarca aceptaría la renuncia de este último como gobernador y capitán general de la Isla, lo que precipitaría, en 1783, la evasión de Miranda de Cuba y el comienzo de su ruptura definitiva con España.³⁵

Pero, mientras el largo y dificultoso intercambio epistolar entre Urriza, Cagigal, Gálvez y el rey se desarrollaba para ventilar el asunto del contrabando, otras misiones se encomendaron al valeroso edecán. Después del regreso de Miranda a tierras cubanas, el propio Gálvez —que había sido elevado a la jefatura general del Ejército de Opera-

³³ Véase “Extracto de los servicios que ha hecho en su viaje a la isla de Jamaica el teniente Coronel don Francisco de Miranda”, en *ibid.*, p. 227.

³⁴ Carta de Miranda a Cagigal explicando quién era Allwood y solicitando su intervención para introducir la mercancía a La Habana, citada en *ibid.*, p. 186.

³⁵ A esta acusación de contrabando le antecedía otra más peligrosa: la de llevar al general Campbell, jefe inglés vencido en Pensacola, a la construcción de la fortaleza de El Príncipe. Por ambas causas Miranda fue sentenciado a la pérdida de su grado militar, a una fuerte multa y a diez años de prisión en una cárcel española en África; mas nada pudo hacerse en su contra pues para entonces el venezolano estaba fuera del alcance de España. Transcurridos alrededor de diecinueve años de estas acusaciones Miranda y Cagigal fueron absueltos.

ciones— llegaría para examinar personalmente las informaciones traídas desde Jamaica, con el objetivo de preparar la intervención del ejército español en ese bastión inglés. Al regresar a su cuartel general —emplazado en el Acantonamiento de Guárico en Cabo Francés, hoy Cabo Haitiano, Haití— Miranda fue designado como su edecán, a fin de que participara en la preparación del inminente ataque contra la vecina posesión británica.

Sin embargo, el plan estratégico de los españoles en el Caribe comprendía que antes del asalto y ocupación de Jamaica era conveniente tomar Bahamas ya que este archipiélago funcionaba como un centro de aprovisionamiento y refugio de las naves enemigas de España, pero sobre todo, porque su posición geográfica posibilitaba que, ante un ataque a Jamaica, desde ahí se pudiera organizar un eficaz contraataque sobre las fuerzas españolas.

Gálvez destinó a Cagigal para emprender esta nueva empresa que se fijó para mediados del año 1782; Miranda regresó a Cuba desde Santo Domingo y se incorporó a sus filas. La expedición comandada por Cagigal se hizo a la vela el 22 de abril de 1782, contando con 2 000 hombres —fuerzas veteranas, milicias de pardos y morenos y tropas voluntarias cubanas— a bordo de cuarenta y ocho embarcaciones mercantes, una fragata norteamericana y diez bergantines españoles. El 6 de mayo llegó frente a las costas de la isla de Nueva Providencia, donde residía el gobernador inglés:

El día 6 de mayo, por la tarde, Cagigal que se ha situado a corta distancia del fuerte y del pueblo de Nassau, intima la rendición del gobernador de aquellas islas, vicealmirante Juan Maxwell. Éste, que espera refuerzos, trata de obtener un armisticio que le permita ganar algunos días; pero el bravo teniente general, inflexible, le concede tan solo un plazo de doce horas, transcurridas las cuales inicia el ataque de los reductos y del castillejo que defendían la población. Maxwell, sin combatir, iza bandera blanca y el día 8, por la mañana, rinde su capital y todo el archipiélago a las fuerzas expedicionarias.³⁶

De seguidas Miranda fue designado por Cagigal para realizar todas las diligencias necesarias en las operaciones de la capitulación. Llegado a un acuerdo, la rendición oficial de las fuerzas inglesas fue firmada el 8 de mayo por Francisco de Miranda y Juan Maxwell, capitán general y comandante en jefe de las Islas Bahamas. Con esta operación, además de la estratégica posesión de las islas, se capturaron 274 soldados

³⁶ Pérez-Cabrera, *Miranda en Cuba (1780-1783)* [n. 7], p. 32.

regulares, 328 milicianos, 199 cañones y 868 fusiles; así como 12 buques corsarios y 65 mercantes ingleses.³⁷

Tras el exitoso desenlace de esta operación, Miranda fue enviado por Cagigal a Cabo Francés para informar a Bernardo de Gálvez sobre los resultados de la misión. Numerosas circunstancias, entre las que sobresale la llegada a manos de Gálvez de varias órdenes del rey de apresar a Miranda, hacen de su estancia en la Isla un verdadero infierno ante el “cúmulo de desafectos” que lo agreden junto a su jefe y amigo Cagigal. A tal punto llegó el ataque contra Miranda que el 8 de agosto de 1782 saldrá de este territorio, en calidad de prisionero a bordo de un barco español con destino a La Habana. Al llegar a tierra, después de más de 25 días de reclusión, la mano amiga de su jefe lo pone en libertad y lo restituye en todas sus funciones, exigiendo incluso el pago de sus salarios atrasados.

Sin embargo, todos los extraordinarios esfuerzos realizados por Cagigal para salvar la honra de su edecán y con ella, la suya propia, serían inútiles. Sobre Miranda pesaban varias acusaciones y órdenes de apresamiento emitidas por el rey, la Inquisición y el ministro José de Gálvez. Nada podía detener, a la altura de estos acontecimientos, el desenlace que sobrevino: el 1° de junio de 1783, a bordo de la balandra norteamericana *Prudent*, Miranda abandonó Cuba y al ejército ibérico. Lo acompañaba la experiencia de haber combatido a favor de la libertad norteamericana, conocimiento que sería enriquecido con el contacto directo de la vida republicana en el naciente país y que provocaría, apenas seis meses después de su ruptura con España, la decisión de luchar sin descanso por la libertad de su gran patria hispanoamericana.

Conclusiones

LA intervención hispana en la lucha por la independencia de Estados Unidos se dirigió en dos direcciones fundamentales. La primera estuvo encaminada al apoyo monetario y logístico a las fuerzas independentistas —aspecto en el cual se destaca la ayuda que provino de las colonias españolas en el Caribe, sobre todo de Cuba. La otra dirección se concentró en deshacer el dominio inglés sobre sus posesiones en la costa sur de Norteamérica, el Caribe y, en menor medida, Europa. Esta última dirección, a pesar de su marcado propósito a favor de los intereses coloniales españoles, privó a Londres de posiciones estraté-

³⁷ Albi de la Cuesta, *La defensa de las Indias (1764-1799)* [n. 26], p. 165.

gicas y obligó a destinar cuantiosos recursos en su defensa, en detrimento de las tropas que defendían su dominio sobre las Trece Colonias.

Miranda, como integrante de las fuerzas destinadas al apoyo de los independentistas norteamericanos, se movió en el marco que delineó la política de España en el conflicto. Concretamente, su participación en este proceso se basa en los siguientes hechos: participación en la toma de Pensacola (1781); actividad diplomática para un canje de prisioneros e investigación de las fuerzas militares inglesas en Jamaica (1781) y conducción del pacto de capitulación y entrega de las fuerzas británicas en Nueva Providencia (1782).

Por su intervención en esta guerra, Pensacola es el hecho más importante por la magnitud y trascendencia de las acciones bélicas; separarla de las acciones españolas de apoyo a la causa emancipadora, por encontrarse fuera del territorio de las Trece Colonias, sería caer en un análisis superficial y por tanto erróneo. De igual forma, incorrecto enjuiciamiento pueden tener el resto de las acciones mirandinas si tomamos en cuenta que se realizan fuera del territorio en disputa. Sin embargo, es innegable que su efectiva gestión diplomática para el canje de prisioneros y la provechosa actividad de espionaje en Jamaica; el llevar a término la entrega a fuerzas españolas de la isla de Nueva Providencia y con ella las Bahamas forman parte del abierto enfrentamiento español contra Inglaterra y del importante apoyo a las tropas del Norte.

Resta precisar la posible participación y el papel desempeñado por Miranda en la colecta de dinero que se realizó en Cuba para el auxilio de las tropas de Washington.

Para cerrar este examen sobre la participación de Miranda en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, son muy certeras las palabras del historiador español Albi de la Cuesta:

En última instancia, hasta el último miliciano que murió en defensa de San Juan de Nicaragua se sacrificó, en cierto modo, por la independencia de los Estados Unidos, ya que los británicos atacaron ese punto en respuesta a la entrada en guerra de España al lado de los patriotas norteamericanos. Estimamos, por tanto, injusta la tesis que pretende que la ayuda española se limitó a las tropas que combatieron en Florida y en Luisiana. En realidad, la cooperación con los patriotas, de forma indirecta, abarcó todas las posesiones de Ultramar.³⁸

³⁸ *Ibid.*, p. 154.

BIBLIOGRAFÍA

- Arias Amaro, Alberto, *Historia de Venezuela*, Caracas, Romor, 1994.
- Bencomo Barrios, Héctor, *Miranda y el arte militar*, Caracas, Italgráfica, 2000.
- , “Miranda y la toma de Pensacola”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), vol. 64 (225), (julio-septiembre de 1981).
- Bohórquez Morán, Carmen L., *Francisco de Miranda: precursor de las independencias de la América Latina*, La Habana, de Ciencias Sociales, 2003.
- Bonsal, Stephen, *When the French were here*, Nueva York, Doran, 1945.
- Briceño Perozo, Mario, *Don Francisco de Miranda: maestro de libertadores*, Caracas, Imprenta oficial del estado Trujillo, 1950.
- Briceño, Olga, *Miranda: mariscal de Francia y precursor de la libertad de América*, Madrid, Nuestra Raza, s.f.
- Carreras, Julio Ángel, *Antología Bolivariana*, La Habana, Ciencias Sociales, 1983, 351 págs.
- Dávila, Vicente, *Biografía de Miranda*, Caracas, Tip. Americana, 1933.
- Franco, José Luciano, *Documentos para la historia de Venezuela en el Archivo Nacional de Cuba*, La Habana, ANC, 1960.
- Gálvez, Manuel, *Don Francisco de Miranda: el más universal de los americanos*, Buenos Aires, Emecé, 1947.
- , *Biografías completas*, Buenos Aires, Emecé, 1962.
- García, Laútico, *Francisco de Miranda y el antiguo régimen español*, Madrid, Guadarrama, 1961.
- Grigulévich, Iósif, *Francisco de Miranda y la lucha por la liberación de la América Latina*, La Habana, Casa de las Américas, 1978.
- Guerra Vilaboy, Sergio, “Miranda en Cuba: un capítulo decisivo”, *Cuadernos Americanos* (México), núm. 111 (mayo-junio del 2005), pp. 85-102.
- Lavretsky, *Miranda*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1991.
- Lewis, Charles Lee, *Admiral De Grasse and American independence*, Annapolis, United States Naval Institute, 1945.
- Manfred, A. Z. *Historia universal*, Moscú, Progreso, 1977, tomo 1.
- Miranda, Francisco, *América espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.
- , *Colombia*, Josefina Rodríguez de Alonso, “Prólogo”, Caracas, Trejos Hermanos Sucesores, 1978.
- Morales Padrón, Francisco, *Participación de España en la independencia política de los Estados Unidos*, Madrid, Artes Gráficas, 1952.
- Nucete-Sardi, José, *Aventura y tragedia de Don Francisco de Miranda*, Caracas, González-González, 1956.
- Parra Pérez, Caracciolo, *Miranda y la Revolución Francesa*, Venezuela, Ediciones culturales del Banco del Caribe, 1988.
- , *Páginas de historia y de polémica*, Caracas, Litografía del Comercio, 1943.

- Pérez-Cabrera, José Manuel, *Miranda en Cuba (1780-1783)*, La Habana, AHC, 1950.
- Picón Salas, Mariano, *Miranda*, La Habana, Ciencias Sociales, 1972.
- Portell Vilá, Herminio, *Juan de Miralles, un habanero amigo de Washington*, La Habana, Sociedad Colombista Panamericana, 1947.
- Pueyrredón, Carlos A., *El General Miranda*, Buenos Aires, Emecé, 1943.
- Rodríguez de Alonso, Josefina, *Miranda y sus circunstancias*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1982.
- Valdés Vivó, Raúl, *Las dos vidas de Bolívar*, La Habana, Ciencias Sociales, 2006.
- Washington, George, *Correspondence of General Washington and Comte de Grasse*, Washington, Institut Français de Washington, 1931.